


NICK  
ALEXANDER

# Cosas que nunca dijimos


Traducción de Roberto Falco



amazon crossing 

NICK  
ALEXANDER  
Cosas que  
nunca dijimos

Traducción de Roberto Falcó

amazoncrossing 

Título original: *Things We Never Said*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2018

Edición en español publicada por:  
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl  
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg  
Octubre, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Nick Alexander  
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Roberto Falcó

Imagen de cubierta © H. Armstrong Roberts/ClassicStock / Getty Images

© donatas1205 © Feng Yu © Bokeh Blur Background © Gondurazzz © weerawath.p / Shutterstock

Diseño de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919804207

[www.apub.com](http://www.apub.com)

## ÍNDICE

[SOBRE EL AUTOR](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 24](#)

[PRÓLOGO](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 1](#)

[CINTA N.º 1](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 2](#)

[CINTA N.º 2](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 3](#)

[CINTA N.º 3](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 4](#)

[CINTA N.º 4](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 5](#)

[CINTA N.º 5](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 6](#)

[CINTA N.º 6](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 7](#)

[CINTA N.º 7](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 8](#)

[CINTA N.º 8](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 9](#)

[CINTA N.º 9](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 10](#)

[CINTA N.º 10](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 11](#)

[CINTA N.º 11](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 12](#)

[CINTA N.º 12](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 13](#)

[CINTA N.º 13](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 14](#)

[CINTA N.º 14](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 15](#)

[CINTA 15](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 16](#)

[CINTA 16](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 17](#)

[CINTA N.º 17](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 18](#)

[CINTA N.º 18](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 19](#)

[CINTA N.º 19](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 20](#)

[CINTA N.º 20](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 21](#)

[CINTA N.º 21](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 22](#)

[CINTA N.º 22](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 23](#)

[CINTA N.º 23](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 24](#)

[CINTA N.º 24](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 25](#)

[CINTA N.º 25](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 26](#)

[CINTA N.º 26](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 27](#)

[CINTA N.º 27](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 28](#)

[CINTA N.º 28](#)

[FOTOGRAFÍA N.º 29](#)

[CINTA N.º 29](#)

[CINTA N.º 29 B](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

## SOBRE EL AUTOR

Nick Alexander nació en 1964 en el Reino Unido, en una familia de pintores, y empezó a cultivar su pasión por la escritura desde la infancia. Ha vivido y trabajado en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Su carrera como escritor autopublicado empezó en 2001. Aunque ya había cosechado importantes éxitos de ventas, la publicación en 2010 de *The Case of the Missing Boyfriend* y su continuación *The French House* lo llevó a vender más de 300.000 ejemplares. La consagración le llegó en 2015 con *The Photographer's Wife* y *El otro hijo*, dos dramas familiares con más de un millón de lectores, un hecho que hace de Nick Alexander el tercer autor *indie* más vendido del Reino Unido. Estos éxitos han dado pie a la traducción de varias de sus obras.

Tras una breve relación con editoriales que se interesaron por sus libros anteriores, en 2014 regresó al mundo de la autopublicación, un proceso que le resulta mucho más interesante y divertido que el mundo de la edición tradicional.

## FOTOGRAFÍA N.º 24

*Formato: 120, blanco y negro. Dos niños juegan con cubos y palas en la arena. El niño, que lleva vaqueros y un jersey de lana, mira fijamente a la cámara y sonrío de oreja a oreja. La niña viste un pantalón de peto y un jersey, y tiene la cara medio tapada por una melena rebelde que le cae hacia delante mientras juega.*

## PRÓLOGO

El trayecto desde la funeraria hasta casa transcurre en silencio. April mira por la ventanilla, ausente. Está sentada junto a Sean. Durante el funeral ambos han llorado desconsoladamente, pero ahora solo están aturcidos. Piensan que deberían decir algo para consolar o calmar al otro, pero como no pueden recurrir a los formalismos habituales para llenar los silencios incómodos (¿de qué serviría, por ejemplo, preguntarle si está bien, cuando es obvio que la respuesta es no?) prefieren callar. El riesgo de provocar un nuevo torrente de lágrimas es demasiado elevado, al menos hasta que acabe el viaje.

Cuando llegan a casa, Maggie, una de las mejores amigas de la familia, les abre la puerta. Le acaricia el hombro a Sean y abraza en silencio a April, que hace un esfuerzo titánico para contener las lágrimas y acepta el abrazo con más rigidez de lo que pretendía.

—Hay comida en la sala de estar —dice Maggie—. Y Perry está preparando algo de beber en la cocina.

—Gracias, Mags —responde Sean—. No sé cómo agradecerle todo lo que estás haciendo.

Maggie entra en casa; Sean se quita el abrigo y lo cuelga en el recibidor.

Duda entre ir a la sala de estar, donde oye unas risas que le parecen fuera de lugar, o a la cocina, donde podrá conseguir la recompensa de un buen trago de alcohol, aunque para ello deberá pagar un elevado peaje: hablar con su hermano.



—¡Papá! —exclama April, agarrándolo del codo—. No me dejas pasar. Vamos a beber algo.

—Claro. Sí. Lo siento —dice Sean, que se dirige a la cocina a regañadientes.

—Eh —lo saluda su hermano—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. ¿Puedes prepararme un trago?

Perry señala la botella de Bombay Sapphire que tiene en las manos.

—¿Un gin-tonic? —le pregunta.

Sean asiente.

—Sí, con más *gin* que *tonic*.

—Marchando —dice Perry, mientras quita el tapón.

—Yo también, tío Perry —interviene April—. Si puedo, claro.

—Por supuesto, la cadena de producción ya está en marcha —añade Perry, que intenta llenar el silencio—: Ha sido una ceremonia muy bonita.

«¿En serio? —piensa Sean—. ¿De verdad tengo que pasar por esto?».

—Sí —admite—, ha sido bonita.

Sean nota que alguien le toca el codo y se disculpa, convencido de que ha elegido un mal lugar y está estorbando.

Pero solo es Maggie, que intenta consolarlo.

—¿Estás bien? —le pregunta ella con dulzura—. Quiero decir, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Estás tan bien como cabría esperar?

Sean respira hondo y asiente.

—Estoy tan bien como cabría esperar —asegura—. Solo necesito un trago, pero Perry está a punto de remediarlo.

En cuanto pronuncia las palabras, su hermano le tiende el vaso de gin-tonic. Los cubitos de hielo tintinean contra el cristal y, sin proponérselo, Sean evoca otro gin-tonic, uno que sujetaba su mujer bajo el sol griego, con sus manos menudas. Niega con la cabeza para ahuyentar ese recuerdo

y se abraza a sí mismo porque, sí, en el futuro tendrá que enfrentarse a miles de pensamientos como ese.

—¿Cómo está mamá? —le pregunta a Perry—. ¿Hace mucho que no vas a verla?

Su hermano asiente y se encoge de hombros.

—Voy casi todos los fines de semana. Y... está más o menos igual. No reconoce nada ni a nadie.

—Claro —dice Sean.

—Pero le gustaría verte —añade Perry.

Sean reprime un bufido. Su madre nunca ha mostrado un gran interés por verlo, y su demencia no ha contribuido a mejorar la situación.

Pertrechados con las bebidas, Sean y April se dirigen a la sala de estar, donde los amigos de la familia recuerdan anécdotas de Catherine.

April se acerca a su padre y apoya la cabeza en su hombro.

—No sé si podré hacerlo, papá —murmura.

—¿Hacer qué?

—Aguantar todas esas anécdotas de mamá. Me dan ganas de darle un puñetazo al que vuelva a abrir la boca.

Sean esboza una sonrisa triste y le pasa un brazo sobre los hombros.

—No tienes que hacer nada, si no quieres. Ve a dar una vuelta con tu novio. O acuéstate un rato. Haz lo que te resulte más fácil. No tardarán mucho en irse y tú y yo podremos regodearnos de nuevo en la tristeza. ¿Te gusta la idea?

—Me encanta —responde April—. Venga, vamos. —Hace un esfuerzo ostensible, endereza la espalda y se acerca al grupo—. Hola, ¿qué tal? —les dice.

—¡Ah, hola! —dice una amiga de Catherine—. Les estaba hablando de las hortensias de tu madre.

A las cuatro ya se han ido todos.

Sean se quita la corbata y se deja caer en el sofá. Ha tomado cuatro gin-tonics y está un poco mareado, pero

eso no le ha servido de gran ayuda, tal y como esperaba.

—Gracias a Dios que se ha acabado —dice April, que se sienta en la butaca de enfrente y toma un sándwich del plato que tiene en las rodillas.

—Desde luego.

—¿Has comido algo? —pregunta April—. Han sobrado muchos sándwiches. Mags ha debido de pensar que tenía que preparar comida para un regimiento.

Sean arruga la nariz.

—No tengo hambre. ¿Hasta cuándo has dicho que te quedabas?

Duda. No sabe si prefiere que lo dejen a solas con su dolor o si se le caerá la casa encima.

De momento está tan agotado, se siente tan muerto por dentro, que tampoco le importa demasiado.

—Hasta mañana por la tarde —contesta April—. Si te parece bien.

—Claro —le asegura Sean, que se vuelve y mira hacia la calle bañada por el sol.

—¿Te apetece que veamos una película o algo así? —pregunta April.

—¿Una película? —Se vuelve hacia ella.

La joven asiente.

—No... —dice con voz trémula mientras los ojos se le inundan de lágrimas—. No sé qué hacer. Quizá una película nos ayude.

Sean parpadea lentamente.

—Claro. Tú misma, el mando está...

Se revuelve, incómodo, busca con la mano debajo de la pierna, pero en lugar del mando saca el iPhone. Lanza un suspiro, frunce el ceño y lo deja en la mesita.

—Es su teléfono —dice April.

Sean asiente.

—Dios.

—No sé qué hacer con él.

—Es normal —admite April—. ¿Por qué no lo dejas en un cajón?

Sean asiente.

—Sí, seguramente será lo mejor.

April encuentra el mando metido entre el asiento y el reposabrazos de su sillón y enciende el televisor. Repasa la lista de películas disponibles y se detiene.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Sean asiente.

—Claro, cielo, lo que quieras.

—No quiero disgustarte.

—No pasa nada. He llegado a mi límite y no podría estar más disgustado. ¿De qué se trata?

—Es por... lo del último día. Cuando mamá dijo que volveríamos a tener noticias tuyas en breve.

Sean sonríe, apesadumbrado.

—Sí, parecía como estuviera pidiendo una cita para el dentista o algo por el estilo. Iba hasta arriba de morfina, cielo.

April asiente.

—Mamá no... —Niega suavemente con la cabeza—. No... no creía en nada, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? ¿A si creía en la vida después de la muerte?

April se encoge de hombros.

—En lo que sea.

Sean niega con la cabeza.

—No, cielo. Ya sabes que no creía en ninguna de esas cosas.

—Eso es justo lo que me parecía.

—Pero eso no impide que tú creas en lo que quieras.

—Claro, ya lo sé. Pero es que yo tampoco creo. —Mira a su alrededor, como si buscara una manifestación del espíritu de su madre—. Lo cierto es que me gustaría. Sería bonito saber que... bueno... que sigue con vida. En algún lado.

Sean se muerde el labio y cierra los ojos para reprimir las lágrimas. Se toca el pecho con la yema de los dedos.

—Aquí, cielo. Está aquí.

—Sí —conviene April, que se limpia los ojos antes de mirar hacia el televisor—. Bueno, ¿elegimos una película?

—Pero que no sea un dramón, ¿vale?

—No, no, claro.

Al final, April, que no quiere elegir un film demasiado emotivo, pero tampoco una película de acción o de miedo, acaba escogiendo una biográfica sobre el Che Guevara. Sin embargo, no es capaz de concentrarse en la pantalla porque no puede dejar de pensar en su madre.

Sean, por su parte, no tarda en quedarse dormido. Al cabo de unas horas, cuando se despierta, el televisor está apagado y la sala, vacía. Permanece sentado unos segundos, y entonces, cuando empieza a preguntarse dónde está Catherine, lo recuerda. Da un grito ahogado y se sienta erizado.



Sean se sienta a la mesa de la cocina y rodea la taza de té con las manos. Dirige la vista hacia el fregadero, lleno de platos sucios, luego mira hacia la ventana y después hacia el jardín.

Es un día radiante de primavera. Debería ducharse y salir a la calle. Quizá se sentiría mejor. O por lo menos no tan mal.

Solo han transcurrido dos días desde el funeral y es el primero que está solo, o sea que tampoco pasa nada, ¿verdad? No vuelve al trabajo hasta el lunes, así que puede permitirse pasar el fin de semana con la mirada perdida, tiene todo el derecho del mundo a sentirse un auténtico desgraciado en las próximas cuarenta y ocho horas.

Mira el rosal, mecido por el viento. Oye la voz de Catherine, que le dice: «Tendrás que podarlo dentro de poco

ahora que ya han acabado las heladas».

—Pero no sé podar un rosal —murmura, como si Catherine pudiera oírlo.

Se da cuenta de que seguramente hay miles de cosas que no sabe hacer, cosas de las que se ocupaba ella y que él siempre dio por supuestas. Empieza a hacer una lista mental, pero comprende que es otra forma de describirla, otra manera de pensar en la pérdida, y se detiene. Es demasiado doloroso.

Sean aún está sentado, el té de la mesa hace ya un buen rato que se ha enfriado, cuando alguien llama en la ventana y se sobresalta.

Se vuelve y, más allá del arco que separa la cocina del salón, ve a Maggie, que lo está mirando con el rostro enmarcado entre las manos. Lanza un suspiro, se levanta de la silla y se dirige a la puerta de la calle. Una ráfaga de aire gélido invade la casa en cuanto abre.

—Aún no he acabado de arreglarme —le dice a Maggie con voz inexpresiva.

Ella observa su ropa arrugada y lo mira a los ojos en busca de... ¿en busca de qué? Algo, cualquier cosa, quizá. Sean repara en su mirada y se da cuenta de que ella ve que no hay nada. Comprende que Maggie percibe el vacío, y el hecho de que lo haya detectado convierte esa sensación en algo más real, algo de lo que es plenamente consciente.

—Te he traído sushi —le dice mostrándole la bolsa de papel rosa que tiene en la mano izquierda. Bajo el brazo derecho lleva una caja envuelta en papel de estraza—. Seguro que aún no has comido nada y sé que te gusta el sushi.

Sean asiente y acepta la bolsa.

—Gracias.

—Es de ese restaurante que hay en Mill Road. Creo que hacen el mejor sushi de la zona. ¿Puedo pasar?

—Esto... ¿es necesario? —pregunta Sean, que se estremece—. Es que... como te he dicho... aún no me he arre-

glado.

—Solo será un momento —dice Maggie, que da un paso adelante y obliga a Sean a apartarse a un lado—. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

—Bien... —repite Sean, en voz baja. Ya no sabe qué significa eso.

Pone los ojos en blanco al ver que Maggie ha entrado en su casa, lanza un suspiro y se vuelve para seguir a su amiga.

—Esto parece un vertedero, Mags —le advierte, mientras saca la bandeja de plástico de sushi y la sigue—. En estos momentos solo quiero un poco de calma.

Al llegar a la cocina, ve que Maggie se ha quitado el abrigo y se ha puesto a llenar el lavavajillas.

—... y deja la puerta del lavavajillas abierta si eso te ayuda. Así los pondrás automáticamente cuando estén sucios en lugar de apilarlos en el fregadero. Y cuando esté lleno, lo único que tendrás que hacer es cerrarlo y ponerlo en marcha. Ya meto la pastilla, así lo tienes todo listo. ¿Qué te parece?

—Que no sé llenar el lavavajillas —responde Sean, lanzando otro suspiro—. Estoy... Ya sabes...

—Mira, sé que te sientes fatal. No quiero ni imaginar lo mal que te sientes, de verdad —dice Maggie—. Pero si dejas que todo se vaya al garete, tampoco te servirá de nada.

—Maggie —suplica Sean.

Ella se detiene con una taza sucia en las manos.

—Lo sé. Quieres que me vaya. Ya me he dado cuenta. No soy estúpida.

Sean asiente.

—Eres muy amable —dice—. Pero sí, en estos momentos solo me apetece estar a solas.

Maggie se lleva una mano a la cadera y hace una mueca.

—Te propongo un trato. —Señala la taza—. Ve a ducharte y a cambiarte. Y mientras, yo limpio un poco la coci-